

## Colosenses 2:6-15

Colosenses 2:6-15 Pentecostés 10 Génesis 18:20-32; Lucas 11:1-13

*“Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él, arraigados y sobreedificados en él y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias. Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas basadas en las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad. En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha por mano de hombre, sino por la circuncisión de Cristo, en la cual sois despojados de vuestra naturaleza pecaminosa. Con él fuisteis sepultados en el bautismo, y en él fuisteis también resucitados por la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados. Él anuló el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, y la quitó de en medio clavándola en la cruz. Y despojó a los principados y a las autoridades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.” (Colosenses 2.6–15, RVR95)*

Hay muchos intentos hasta nuestros días de decir que Cristo no es suficiente. Que él puede ser también necesario, pero además de él, se necesita algo más para estar seguro de la salvación. Eso fue el problema en Galacia, en donde los maestros judaizantes exigían que para estar seguros de la salvación, además de Cristo y la fe en él se necesitaban la circuncisión y las obras de la ley. En muchas teologías de ahora también, se dice que las obras humanas son necesarias para ganar en parte la salvación. Muchos dicen que Cristo no sólo no es lo único que necesitamos para la salvación, sino que hay muchos caminos además de Cristo para llegar a Dios. Muchos ofrecen sus filosofías humanas como la clave para realizarse completamente, y dejan a Cristo totalmente de lado. Los musulmanes dicen que Cristo fue un profeta, por cierto, pero no el más grande, y lo que realmente se necesita es absoluta obediencia al profeta más grande, Mahoma. Dicen que ciertamente Jesús no fue el Hijo de Dios. Nuestro texto del libro de Colosenses nos presenta la verdad.

Cristo es todo lo que necesitamos. Es todo el camino a la vida eterna. Es el que está por encima de toda fuerza y toda autoridad, y que nosotros estamos completos en él. Consideremos hoy, entonces, que Cristo es todo lo que necesitamos.

La verdad esencial de la persona de Cristo establece esto. Cristo es nada menos que Dios mismo en carne humana. Pablo escribe que “*en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad*”. Lo que esto quiere decir es que nada le falta de lo que hace que Dios sea Dios en este hombre que nació en Belén. Es verdaderamente Dios y hombre en una persona.

Como Dios, él es el Creador, y por tanto el que gobierna todas las cosas, incluyendo cualquier ser espiritual que algunos estaban arguyendo que tenían que satisfacer antes de poder tener acceso a Dios. No, en Cristo tienen el que es Señor sobre todo poder espiritual o material. En Cristo tienen todo lo que necesitan. No tienen que temer ningún otro espíritu cuando tienen a Cristo, en quien habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente.

Por eso ellos mismos están completos en Cristo. No les falta nada que necesitan para la salvación. Con Cristo y su obra para ellos, y para nosotros, no nos falta nada en absoluto.

Así que, como entonces había la advertencia contra ser llevados al error por la tradición y las filosofías humanas, ahora también debemos quedarnos absolutamente firmes en él y no permitir que nada nos arranque nuestra fe en él como nuestro Salvador.

Todas esas filosofías humanas e ideas espirituales que dejan de lado a Cristo o agregan algo a Cristo son lo que Pablo los llama: vano engaño. Lo que presentan no es la verdad, y por tanto lo que prometen será revelado como ilusorio, como sin realidad, como cosas que defraudan a los que ponen su confianza en ello.

Cristo es Dios, y en Cristo estamos completos. Él nos libró del poder y la culpa del pecado en el bautismo. “*En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha por mano de hombre, sino por la circuncisión de Cristo*”. Aquí se llama el bautismo la circuncisión no hecha con manos humanas. El error particular que amenazaba a los colosenses entre otras cosas parece que incluía exigir la circuncisión física de los creyentes. Pablo dice que hemos recibido ya una mejor circuncisión, la circuncisión de Cristo. La circuncisión del Antiguo Testamento,

aunque Dios la instituyó, requería más. No era suficiente sólo quitar un poco de piel, se necesitaba la circuncisión del corazón, un corazón arrepentido y cambiado. Pero todos los cristianos han recibido una circuncisión mucho mejor, porque por obra de Cristo y del Espíritu Santo mediante el bautismo “*sois despojados de vuestra naturaleza pecaminosa*”, la persona se hace nueva, tiene un nuevo corazón y una nueva actitud.

La razón por la cual el bautismo puede tener este gran efecto es que en el bautismo estamos unidos con Cristo en todo lo que él hizo por nosotros. Fuimos unidos con él en su muerte, de modo que Pablo dice que “*Con él fuisteis sepultados en el bautismo*”. Lutero expresa esto en el Catecismo al decir que el bautismo significa: “que el viejo Adán en nosotros debe ser ahogado por pesar y arrepentimiento diarios, y que debe morir con todos sus pecados y malos deseos”.

Pero eso es sólo el primer aspecto de lo que sucede con el bautismo. También somos levantados a nueva vida por la fe. “*Y en él fuisteis también resucitados por la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos*”.

Esta fe es fe en el poder de Dios. Es la fe en aquel que levantó a Cristo de la muerte. Y porque Cristo fue levantado después de morir por nuestros pecados, nosotros también somos levantados a una nueva vida.

Antes estábamos muertos en transgresiones. El pecado era todo lo que podíamos hacer. Nuestra misma naturaleza fue una naturaleza pecaminosa. Las transgresiones en que vivimos son llamadas aquí la incircuncisión de nuestra carne. “*Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne*”. Eso fue nuestra situación sin Cristo, sin el bautismo en la muerte y resurrección de Cristo.

Pero ahora “*os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados*”. La paga del pecado es la muerte. Pero como Cristo nos da el perdón que él ganó para nosotros en su cruz en el bautismo, el bautismo es “un agua de vida, llena de gracia, y un lavamiento de regeneración en el Espíritu Santo”. Es este perdón de pecados que nos hace vivir delante de Dios por la fe en Jesucristo. Nuestro texto declara que Dios “*anuló el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, y la quitó de en medio clavándola en la cruz*”. Nuestra deuda del pecado es retratado como un documento que enumera todo lo que debíamos a Dios según su santa Ley. Era una deuda

impagable. Pero Dios tomó ese documento y lo clavó a la cruz con su Hijo, de modo que ha sido quitado de nosotros. Todo lo que decretó contra nosotros como pena que nosotros debíamos, Cristo lo borró, de modo que ningún poder ni ninguna autoridad puede ya acusarnos.

Y con su resurrección y ascensión, Cristo ha exhibido públicamente la derrota de sus enemigos que fueron también nuestros enemigos. *“Y despojó a los principados y a las autoridades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”*. Con su muerte, que había parecido ser la derrota de Cristo, en realidad Cristo conquistó a Satanás, el pecado y el infierno. Y la resurrección demuestra que no tienen ya ningún poder esos enemigos sobre Cristo. Más bien ellos son como si estuvieran presentados y humillados en una procesión celebrando la victoria, llevando a sus enemigos como prisioneros de guerra, humillados en su derrota.

Y así volvemos a las primeras palabras de nuestro texto. *“Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él, arraigados y sobreedificados en él y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias”*. *“Andad en él”*. En nuestro bautismo hemos sido unidos con Cristo en su muerte y su resurrección. Satanás y todos nuestros enemigos han sido derrotados. Así que no dejemos que ellos sigan dominándonos. Como dice nuestro Catecismo: *“Asimismo, también cada día debe surgir y resucitar el hombre nuevo, que ha de vivir eternamente delante de Dios en justicia y pureza”*. Vivamos la nueva vida que Cristo ha ganado para nosotros y que nos ha dado en el bautismo. Qué nuestras raíces estén en él y su victoria. Qué él sea siempre el fundamento de nuestra vida. Qué crezcamos constantemente en la fe, recibiendo la enseñanza de su palabra que también nos guía en cuanto a cómo llevar una vida que agrada a nuestro Salvador.

En Cristo tenemos a aquel que es nada menos que Dios en nuestra carne. En Cristo tenemos a aquel que ha derrotado nuestros enemigos. En Cristo hemos muerto al pecado y hemos recibido una nueva vida para servir a Dios. En Cristo tenemos el perdón completo de nuestros pecados y por tanto tenemos la segura esperanza de la vida eterna. En Cristo tenemos el modelo perfecto también de la vida que agrada a Dios en servicio de él y de nuestros semejantes. Que dediquemos, entonces, todo nuestro ser a él. Amén.

